

Autor
Pierre Gripari

Ilustrador
Claude Lapointe

Los cuentos de la calle Broca 3



LAROUSSE

ÍNDICE



Novela amorosa

de una papa

8

La casa del tío Pierre

22

La bruja del armario

de escobas

38

El cochinito listo

62

El par de zapatos

88





NOVELA AMOROSA *de* una PAPA



Había una vez una papa —una papa común y corriente, como las que vemos todos los días—, pero llena de ambición. Su sueño era convertirse en papas fritas. Y ése hubiera sido probablemente su destino si un muchacho no se la hubiera robado de la cocina.

Una vez en su cuarto con el objeto robado, el muchacho sacó una navaja de su bolsillo y se puso a esculpir la papa. Comenzó por hacerle dos ojos, y la papa pudo ver. Después le hizo dos orejas, y la papa pudo escuchar. Finalmente, le hizo una boca, y la papa pudo hablar. Luego la puso frente a un espejo y le dijo:

—¡Mira qué bella eres!

—¡Qué horror! —respondió la papa—. ¡No soy nada bonita! ¡Parezco un hombre! ¡Antes estaba mucho mejor!

—¡Ay, bueno! Está bien —dijo el muchacho, ofendido—. Si te vas a poner así...

Y la arrojó a la basura.

Al amanecer, vaciaron el bote de basura y, ese mismo día, la papa se encontró sobre un gran montón de desechos.

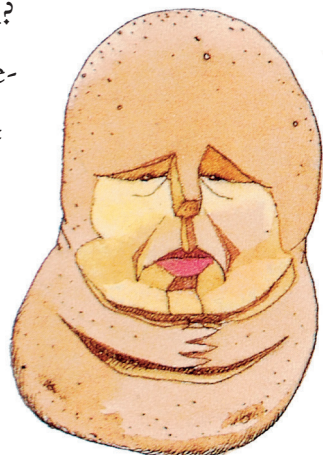
—Bonito país —dijo—, ¡y es muy visitado! Hay muchas personas interesantes... ¡Mira! ¿Quién es esa persona que se parece a un sartén?

Era una vieja guitarra, un poco rota, con sólo dos cuerdas.

—Hola, señora —dijo la papa—. Al verla, me parece que es usted una persona muy distinguida, ¡pues se parece mucho a un sartén!

—Es usted muy amable —dijo la guitarra—. No sé lo que es un sartén, pero se lo agradezco de todas formas. Es verdad que no soy una cualquiera. Me llamo Guitarra. ¿Y usted?

—Pues yo me llamo *Solanum tuberosum*, pero puede llamarme Papa, pues la considero, a partir de ahora, una gran amiga. A causa de mi belleza, había sido elegida para convertirme en papas fritas, y en ellas me hubiera convertido de no ser por el muchachito que me robó de la cocina. Más aún...



luego de haberme robado, el barbaján me desfiguró por completo al hacerme dos ojos, dos orejas y una boca...

Y la papa empezó a llorar.

—Vamos, no llore —dijo la guitarra—. Usted es aún muy bella. Además, eso le permite hablar...

—Bueno, eso es cierto —reconoció la papa—. Me sirve de consuelo. En fin, para terminar, cuando vi lo que el monstruito hizo conmigo, me enojé muchísimo: le arrebaté la navaja de las manos, le corté la nariz y me escapé.

—Hizo usted muy bien —respondió la guitarra.

—Sí, ¿no? —dijo la papa—. A propósito, ¿usted cómo llegó aquí?

—Bueno —respondió la guitarra—, durante muchos años, fui novia de un joven y apuesto muchacho que me amaba tiernamente. Se inclinaba sobre mí, me tomaba entre sus brazos, me acariciaba, me daba golpecitos y me rascaba el vientre, cantándome hermosas canciones...

La guitarra suspiró, luego su voz se quebró un poco y continuó:

—Un día, regresó con una extranjera. También era una guitarra, ¡pero de metal y muy pesada y vulgar y tonta! Ella se robó a mi novio,



¡lo embrujó! ¡Estoy segura de que no la amaba! Cuando la tomaba, no era para cantarle canciones tiernas, ¡no! La rasgaba con fuerza mientras profería gritos salvajes, se revolcaba en el suelo con ella, ¡hasta parecía que se estaban peleando! Además ¡no le tenía confianza! Prueba de ello era que la tenía amarrada con correa.

En realidad, el joven y apuesto muchacho se había comprado una guitarra eléctrica, y lo que la guitarra había confundido con una correa era el cable que la conectaba al amplificador.

—En fin, el punto es que me lo robó. Al cabo de unos días, no veía a nadie más que a ella; ni siquiera me dirigía la mirada. Y yo, al ver eso, pues... preferí marcharme...

La guitarra mentía. Ella no se marchó por su cuenta: fue su dueño quien la echó. Pero ella nunca lo hubiera admitido.

De todas formas, la papa no había entendido nada.

—¡Qué hermoso! —dijo—. ¡Qué conmovedor! ¡Su historia me ha tocado el corazón! ¡Sabía que estábamos destinadas a comprendernos! Además, ¡mientras más la veo, más pienso que se parece a un sartén!

Pero al tiempo que conversaban, un vagabundo que pasaba por ahí las oyó, se detuvo y les prestó atención: “¡Esto no es común!”, pensó. “Una vieja guitarra que le cuenta su vida a una vieja papa, ¡y la papa responde! Si logro hacerme con ellas, ¡tendré mi fortuna asegurada!”.

Entró en aquel terreno irregular, tomó la papa, la puso en su bolsillo, luego agarró la guitarra y se dirigió a la ciudad más cercana.

En esa ciudad había una plaza enorme, y sobre la plaza había un circo. El vagabundo tocó a la puerta del director:

—¡Jefe! ¡Jefe!

—¿Eh? ¿Qué? ¡Adelante! ¿Qué quiere?

—¡Tengo una guitarra que habla, jefe!

—¿Eh? ¿Qué? ¿Una guitarra que habla?

—Sí, sí, jefe. ¡Y una papa que responde!

—¿Eh? ¿Qué? ¿De qué se trata todo esto? ¡Usted está borracho, amigo!

—¡No, no! ¡No estoy borracho! ¡Sólo escuche!

—El vagabundo puso la guitarra sobre la mesa, luego sacó la papa de su bolsillo y la puso delante de ella.

—¡Venga! ¡Hablen entre ustedes!

Silencio.

—¿Qué? ¿No tienen nada que decirse?

Silencio.

—¡Que hablen, les digo!

Silencio total. El director se puso todo rojo.

—Dígame, amigo, ¿vino a burlarse de mí?



CIRCUS

—¡No, jefe! Se lo juro, ellas hablan, ¡las dos! Se están haciendo del rogar para hacerme quedar mal, pero...

—¡Lárguese!

—Pero cuando están solas...

—¡Ya le dije que se largue!

—Pero, jefe...

—¿Eh? ¿Qué? ¿Aún no se ha ido? Está bien: ¡lo sacaré yo mismo!

El director tomó al vagabundo del calzón y ¡psht! Lo sacó volando. Pero, justo en ese momento, escuchó detrás de sí una serie de carcajadas. Era la papa que, sin poder aguantarse, le dijo a la guitarra:

—¿Y? ¿Cree que lo engañamos? ¡Ji, ji, ji!

—¡Y vaya que lo engañamos! —respondió la guitarra—. ¡Ja, ja, ja!

El director se dio la vuelta:

—¡Entonces era cierto! ¡Ustedes dos hablan!

Silencio.

—Vamos —dijo el director—. Es inútil callar ahora. Ya no sirve de nada: ¡las escuché!

Silencio.

—¡Qué lástima! —dijo el director astutamente—. Iba a hacerles una buena propuesta. ¡Una propuesta artística!

—¿Artística? —dijo la guitarra.

—¡Cállese! —susurró la papa.

—¡El arte me interesa mucho!

—¡Magnífico! —dijo el director—. Veo que usted es sensata. Y sí, van a trabajar juntas. Van a convertirse en estrellas.

—A mí me gustaría más convertirme en papas fritas —objetó la papa.

—¿Papas fritas? ¿Usted? ¿Con ese talento? ¡Eso sería un crimen! ¿Prefiere ser comida antes que convertirse en estrella?

—¿Por qué comida? ¿Entonces se comen, las papas fritas? —preguntó la papa.

—Sí, ¡las papas fritas suelen comerse! ¿Por qué cree que uno las hace?

—Mmm, ¡no lo sabía! —dijo la papa—. Bueno, entonces estoy de acuerdo. Prefiero ser una estrella.

Ocho días más tarde, podían verse grandes carteles amarillos en toda la ciudad con la leyenda:

GRAN CIRCO ESTA-COSA

¡Sus payasos! ¡Sus acróbatas!

¡Sus jinetes! ¡Sus equilibristas!

¡Sus tigres, sus caballos, sus elefantes, sus pulgas!

Y, en su debut mundial:

*NAOMI, ¡la papa sabia!,
y ÁGATA, ¡la guitarra que se arpegia sola!*

La noche del estreno, hubo mucha gente, pues nadie en todo el país había visto algo parecido.

Cuando llegó la hora de entrar en escena, la papa y la guitarra avanzaron gallardamente mientras la orquesta tocaba una marcha militar. Para comenzar, la papa anunció el número. Luego la guitarra tocó por su cuenta una pieza difícil. Entonces la papa cantó, acompañada de la guitarra que hacía la segunda voz sin dejar de arpeggiarse. Después, la papa hizo como que cantaba mal, y la guitarra hizo como que la regañaba. La papa hizo como que se enojaba, y ambas hicieron como que se peleaban, lo cual divirtió mucho al público. Al final, hicieron como que se reconciliaban y cantaron juntas la última canción.

Fue un éxito rotundo. El número fue grabado para la radio y la televisión, de modo que se habló de él en el mundo entero. El sultán de Lejovski, que lo vio en las notas de actualidad, tomó ese mismo día su avión privado y fue a ver al director del circo.

—Buen día, señor director.



—Buen día, señor sultán. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero casarme con la papa.

—¿La papa? Pero... ¡no es una persona!

—Entonces se la compro.

—Pero tampoco es una cosa. Ella habla, canta...

—Entonces se la quito.

—¡No tiene derecho!

—Tengo derecho a todo, ¡pues tengo mucho dinero!

El director comprendió que era mejor aprovechar la ocasión.

—Me pone muy triste —dijo lloriqueando—. Amo a esa papa, me encariñé tanto...

—¡Lo entiendo perfectamente! —dijo el sultán con cierta ironía—.

Bien, en ese caso, ¡se la compro por un montón de diamantes!

—¿Uno solo? —preguntó el director.

—¡Dos, si así lo quiere!

El director se secó una lágrima, se sonó la nariz ruidosamente y luego añadió con voz temblorosa:

—Creo que, si tan sólo subiera a tres montones...

—Bien, tres montones de diamantes. ¡Última oferta!

Al día siguiente, el sultán regresó a su sultanato acompañado de la papa y de la guitarra, pues las dos amigas no querían separarse. Esa

misma semana, un conocido periódico parisino publicó la foto de la nueva pareja con este titular:

NOS AMAMOS

En el transcurso de las siguientes dos semanas, el mismo periódico publicó otras fotografías con titulares ligeramente distintos. Fueron los siguientes:

EL PARLAMENTO INTERVIENE

¿ROMPERÁ EL CORAZÓN DE LA PAPA?

LA PAPA NOS DICE LLORANDO: ¡YA NO PUEDO MÁS!

LA GUITARRA NOS DICE: ¡PREFIERO IRME!

Y, SIN EMBARGO, ¡SE AMAN!

EL AMOR CRUZA FRONTERAS

Con ese último titular fueron publicadas las fotos de su boda. La siguiente semana, los periódicos hablaron de otra cosa, y hoy todos han olvidado la noticia.

